



Monumento del poeta Burns, cerca de Dumfriez.

pero no yo. Encendíase la sangre de indignación al agente, cuyas cartas nos hacían verter lágrimas á todos.  
 recuerdo de las insolentes amenazas de aquel bribón de »La oscuridad melancólica de un ermitaño, y el intere-

SEGUNDA SERIE.—1862.

AÑO XX. 33



sante trabajo de un galeote, tal fué mi género de vida hasta la edad de diez y seis años.

»Habiendo llegado mi padre á fuerza de ánimo y de trabajo á la época del cumplimiento del arrendamiento de su hacienda, entró en otra quinta mas grande, situada á dos millas de allí. Su contrato le proporcionó algun dinero al principio del arriendo, de otro modo le hubiera sido imposible. Cuatro años vivimos desahogados, pero habiendo reñido con el propietario, despues de tres años de pleito, mi padre se salvó de ir á la cárcel porque se murió de cansancio, yendo al otro mundo donde los malos dejan de atormentar á los buenos, y donde los fatigados hallan descanso.

»En la época en que vivimos en esta quinta, tuve varios lances. Yo era el jóven mas torpe de toda la parroquia. Ningun solitario era menos á propósito que yo para el mando. Cogía libros que me podía proporcionar, y los devoraba, y sobre todo, las poesías y canciones inglesas. Guiando el arado, iba leyendo las poesías, distinguiendo cuidadosamente lo verdadero, tierno ó sublime, de lo afectado y ampuloso. Estoy convencido que debo á esto mi habilidad crítica tal cual sea.

»A mis diez y siete años fui contra la voluntad de mi padre, por distraerme á una escuela de baile en el campo. Mi padre odiaba estas reuniones; como se irritaba mucho, me tomó ojeriza, á la que atribuyó la disipacion de mis primeros años.

»Pasé el año diez y nueve de mi vida, en una costa llena de contrabandistas, para aprender el arte de agrimensor, y muchas veces me mezclé sin descuidar mis estudios á un oficio escelente y lucrativo en aquella época.

»Había aumentando mis lecturas, había visto á otra luz á naturaleza humana, y perfeccionado mi estilo.

»Seguí así mi vida, hasta el año veinte y tres de mi edad, que fué para mí una época importante. Por capricho y por hacer algo, entré á servir en una fábrica de cardar cáñamo. Mal negocio hice... y para remate de fiesta, un día se pegó fuego á la fábrica, y me encontré en la calle como un verdadero poeta, y sin mas que doce cuartos en el bolsillo.

»Con grandes penas, juntamos mi hermano y yo algun dinero en la familia, y pudimos arrendar una hacienda. Mi hermano no tenia mi descabellada imaginacion, empero era muy juicioso.

»Me propuse tener yo tambien juicio, y trabajar en la hacienda, procuré leer libros de agricultura, pero el primer año, porque las simientes eran malas, el segundo porque se retrasó la cosecha, perdimos la mitad de los frutos, y esto destruyó mis propósitos.

»Comencé á ser conocido en la vecindad por poeta. Se celebraron mis composiciones, se imprimieron algunas, y ví una nueva y mas fácil carrera. Dejé á mi hermano mi mitad de la hacienda, y traté de pasar á Jamaica, publicando antes de dejar mi país natal, mi coleccion de poesías.

»Lisonjéase mi vanidad. Fueron bien recibidas mis composiciones, y gané veinte libras esterlinas.

»Pagué con ellas mi trasporte á la zona tórrida, y me iba á alejar de mi país, donde por deudas creia á cada momento verme en la cárcel.

»Una carta del doctor Blackot dió al traste con todos mis planes abriendo de nuevo camino á mi ambicion poética. Formaba parte el doctor de una sociedad de críticos, cuya aprobacion no me atrevia, yo á esperar. Era su parecer de

que encontraria en Edimburgo auxilios y proteccion para una segunda edicion, y esto me estimuló tanto, que me dirigí á aquella ciudad, sin tener ni un solo conocimiento, sin llevar ni una carta de recomendacion. La estrella fúnebre que por tanto tiempo habia influido en mi destino se convirtió en favorable en esta ocasion, y una benéfica providencia me colocó bajo la proteccion de uno de los hombres mas distinguidos, del conde de Glaincain. ¡*Olvideme Dios si nunca me olvido de él!*

»Ya no iré mas lejos. En Edimburgo me hallé en un nuevo mundo. Me mezclé á muchas clases de hombres casi nuevos para mí, y me apliqué á estudiar sus caracteres y costumbres. Si he acertado á hacerlo, el tiempo lo dirá.»

La reputacion de Burns, se aumentó rápidamente, empero estaba habituado á malas companías.

Una noche fria del invierno de 1796 salia de una taberna de Dumfries, casi completamente borracho, cuando le acometió una pulmonía, y murió á la edad de treinta y siete años. Su prematura muerte hizo comprender su mérito. Le levantaron monumentos, y fué reputado como el cancionero de su país. En vida fué pobre, los honores vinieron para él despues de su muerte.

## ENRIQUE CORNELIO AGRIPIA Y SU PODER MAGICO.

### LEYENDA TERCERA.

Este varon de ilustre prosapia, nació en Colonia el 14 de setiembre del 1486: dotado por la naturaleza de ingenio fácil, fué perito en el arte de la guerra; fué juriconsulto, doctor en medicina, teólogo: conocia perfectamente seis idiomas, en otros dos estaba regularmente versado; fué secretario del emperador Maximiliano; fué escritor elegante, profundamente erudito, orador, historiógrafo, anticuario, alquimista, astrólogo, mago.

Agripa se nos presenta en el siglo XVI; en ese siglo del renacimiento de una cultura intelectual y de una civilizacion enteramente nuevas, como un astro luminoso, cuyos rayos resplandecientes toman en el cielo sombrío y oscuro de la Alemania un tinte opaco y rojizo, que tiene algo de fantástico y sobrenatural.

Llevado en alas de su carácter instable y dominado por el genio germánico, que tiende al misticismo, se entregó á las especulaciones vanas y supersticiosas de la astrología judiciaria y á todas las supersticiones de la nigromancia. Ensenó estas supuestas ciencias, tan falaces como perjudiciales á la buena moral, y depositó todos sus delirios en una obra, titulada: *Filosofía oculta*. En este libro, que se ha hecho hoy muy raro, Agripa adopta y recomienda todas las máximas y los preceptos de la teurgia (1) pagana; habla del poder físico, de la animacion é influencia de los astros, de los encantamientos, de las evocaciones, de los perfumes, de las palabras bárbaras y cifras misteriosas que se emplean

(1) Especie de magia, por cuyo medio creian los filósofos de la escuela de Alejandria, que les era dable ponerse en comunicacion con las divinidades bienhechoras.



en las ceremonias mágicas, de varios nombres aplicados á la Divinidad, de los ángeles, de los talismanes, de los amuletos. La *Filosofía oculta* originó escándalos y promovió graves persecuciones contra el autor. Los hombres mas tímidos la calificaron de impía y sacrilega, y á pesar de que el cardenal Campeggio, legado de Clemente VII en Alemania, y el cardenal de la Marke, obispo de Lieja, mediaron para apaciguar la efervescencia de los espíritus, Agripa quedó sepultado por algunos meses en las cárceles de Bruselas, y perdió la pension de que disfrutaba como historiógrafo. Pero estos pormenores y la circunstancia de que la *Filosofía oculta* fué dedicada por el autor al arzobispo de Colonia, el cual la aceptó como un claro testimonio de respeto y benevolencia, nos dan á conocer, que á la sazón, tanto los hombres ilustrados como el vulgo creían en la nigromancia, en las brujerías y en las supersticiones astrológicas, con la diferencia de que los primeros juzgaban, tal vez, útiles é importantes las obras de este género, porque suponían que los sábios necesitaban penetrar los misterios mas ocultos de lo sobrenatural; al paso que el segundo la juzgaba perniciosas y sacrilegas, porque establecían, á su entender, un medio muy directo de comunicacion entre los hombres y los espíritus malignos.

Sea como fuere, lo cierto es, que la *Filosofía oculta* ha suministrado abundante cosecha de absurdos é invenciones pueriles á los demonógrafos, los cuales han convertido á Cornelio Agripa de sabio en verdadero nigromante, ensartando fábulas que provocan la risa. Martin del Rio, varon muy erudito; pero uno de los demonógrafos mas crédulos y supersticiosos, dice en sus *Disquisiciones Mágicas*, lib. II, cuest. XII, núm. 10, que Agripa viajando pagaba á sus posaderos en moneda, al parecer buena, y que al cabo de pocos dias se encontraban con haber recibido, en vez de dinero, pedazos de cuerno ó conchas. El mismo autor refiere en el lugar citado, que estando Agripa en Lovaina, y viéndose precisado un dia á ausentarse de la ciudad, dijo á su esposa, antes de salir, no permitiese á nadie entrar en su despacho. En tanto un jóven, que vivía de pupilo en su casa, pidió con poca discrecion y obtuvo la llave del aposento fatal, en donde se puso á leer un libro de conjuros, que habia encima de una mesa: oyó dar repetidos golpes á la puerta, pero no contestó absorto en su lectura. Era un demonio, que preguntaba, quién le habia evocado y por cuál motivo. Repitió su pregunta, y viendo que nadie le contestaba, estranguló al jóven que leía. Agripa á su regreso vió una multitud de demonios, que bailaban en derredor de su casa, les mandó acercar, y ellos le enteraron de lo ocurrido. Entonces el nigromante ordenó al homicida, que entrara en el cadáver del infortunado pupilo, que diera cuatro vueltas por las calles mas concurridas de la ciudad, y que luego le dejara. Fueron ejecutadas sus órdenes, y cuando el demonio salió del cuerpo del difunto, dejándole tendido en el suelo, todos creyeron que habia muerto de repente. Despues de algun tiempo se averiguó el hecho, y Agripa tuvo que apelar á la fuga.

El obispo de Nocera, Paulo Jovio, que es uno de sus acusadores mas tenaces, dice que Agripa llevaba siempre consigo á un demonio bajo la figura de un gran perro negro, y que dando oído en su lecho de muerte á los que le exhortaban á arrepentirse de sus culpas, quitó al perro un collar guarnecido de clavos, que formaban cifras mágicas, y le dijo: «Vete, bestia desgraciada, que eres la causa de mi per-

dicion.» El perro se arrojó á las aguas del Saona, y no volvió á aparecer mas, ni vivo ni muerto.

Pedro Bayle, en su *Diccionario histórico y crítico*, art. *Agripa*, refuta con abundancia de datos y mucha sutileza de ingenio todas estas fábulas, y no vacila en afirmar, que las acusaciones de magia contra Agripa han sido infundadas. Nosotros, aunque creemos que no fué nigromante, persuadidos de que todas las supuestas ciencias ocultas no son mas que el producto de la impostura y de la ignorancia, ó de lamentables alucinaciones, no podemos, sin embargo, convenir con Bayle en que se le acusó falsamente, no solo porque, como queda consignado ya, adopta y recomienda en su *Filosofía oculta* todas las supersticiones de la teurgia pagana, sino tambien porque en el último período de su vida dió un compendio muy reducido de sus doctrinas sobre la astrología judiciaria, las diferentes especies de magia, la cábala, los prestigios, las adivinaciones, acompañado de una retractacion auténtica en la que confiesa la vanidad de todas estas supersticiones y se manifiesta arrepentido de haberlas practicado (1). En el principio de su *Filosofía oculta* dice que ha sido muy temerario, y que se le puede culpar de indiscrecion por haber escrito en una edad muy juvenil sobre materias tan espinosas; y luego añade, que renuncia de antemano á todo lo que haya podido salir de su pluma contrario á la religion. Esta protesta muy solemne nos demuestra que Cornelio Agripa, creía como Eliphaz Leví y otros demonógrafos modernos, que la teurgia y la nigromancia son una verdadera ciencia, y que pueden practicarse sin ofender la santidad del cristianismo; al paso que su retractacion nos dá á conocer, que antes de morir llegó á convenirse de que todas las ciencias ocultas son ilusiones fantásticas, que no conducen á resultados útiles. Pero sus protestas y salvedades no han tenido bastante fuerza para disculparle ante el tribunal severo y supersticioso de una multitud de escritores. Thevet dice resueltamente en su *Historia de los hombres ilustres*, que «*Agripa fué uno de los nigromantes mas execrables, que profesó públicamente la magia, y que con sus uñas encorvadas supo sacar y ganar mas tesoros que los á que aspiraron y nunca adquirieron los valerosos capitanes, que con sus armas han hecho gran ruido en el mundo.*» Esta manera hiperbólica y estraña con que se espresa Thevet lleva el timbre de la falsedad y nos demuestra, que este varon, mas bien fabulista que historiador, escribía sin critica, entregándose á los arranques de su imaginacion.

En el *Diccionario de ciencias ocultas ó Repertorio universal*, publicado por el abate Migue (1848) el autor del artículo *Agripa*, no contentándose con dar á este nigromante un solo demonio familiar bajo la figura de perro negro, como lo habia hecho Paulo Jovio, le da dos del mismo pelo, y apoyándose en el aserto, supuesto ó verdadero, de cierto Wierus, discípulo de Agripa, dice que el uno se llamaba *Monsieur* y el otro *Mademoiselle*—elegancia francesa.—En el *Diccionario infernal de Plancy*, Agripa figura como un gran nigromante. No queremos, por último, pasar en silencio que en algunos paises de Alemania, cuyos habitantes conservan

(1) El abate Guyon, en su *Biblioteca Eclesiástica*, t. VIII, pág. 123. Paris, 1771, transcribe íntegra la retractacion de Cornelio Agripa, y en el mismo t. págs. 88 y 89, da una idea clara y precisa de la *Filosofía oculta*.



todavía costumbres patriarcales, se cree que Agripa no ha muerto; que goza, como el célebre alquimista Flamel, de una vida robusta y lozana, pero oculta á los ojos de los profanos, y que vivirá mas que el fenix, mediante los secretos de su arte mágico ó el elixir de la vida. Los iluminados de Alemania reprodujeron en el siglo pasado esta fábula y la aplicaron á Cagliostro y al conde de Saint-Germain, asegurando á sus adeptos, que vivían entrambos ocultos; el primero en América, y el segundo en Europa, y para confirmar su aserto hacían aparecer en la sala de las iniciaciones dos figuras fantásticas, diciendo á los recipiendarios, que eran los dos personajes mencionados, protectores de su secta (1).

Un hombre supersticioso y excesivamente crédulo me dijo en Nápoles, que habiendo comenzado á leer uno de sus amigos la *Filosofía oculta* de Cornelio Agripa se sintió asido con violencia por una mano invisible de hierro, y que no pudo continuar su lectura por haberse desmayado: yo le contesté friamente, que este era un embuste y una solemnísimas mentira, porque no había sucedido lo propio á los cajistas que la habían compuesto, á pesar de que se habían visto en la necesidad de leerla toda.

La *Filosofía oculta*, atestada de ensueños astrológicos y supersticiones mágicas, no es mas que un monumento de las aberraciones mas lastimosas del entendimiento humano, y hoy puede servir únicamente para darnos á conocer que muchos de los embustes de los modernos nigromantes, que pretenden con sus mesas giratorias y espíritus fluidos, renovar los delirios de los filósofos de la escuela de Alejandría, están incluidos en el libro de Cornelio Agripa. Nos vemos, sin embargo, obligados á confesar que en la *Filosofía oculta*, se descubren de vez en cuando los relámpagos de un ingenio sutil, que se lanza con arrojo á un mundo fantástico para hermanarle con la vida material. Con efecto, en esta obra el autor habla, como un verdadero filósofo, de la música, y de la fuerza que ejerce en el corazón del hombre, ya excitándole á la ira, ya dulcificando sus pesares; y en varios capítulos emite ideas profundas acerca del magnetismo animal, hoy muy en boga.

Pero bien sea cierto ó no, que Cornelio Agripa fué nigromante, es indudable que figuró en el siglo XVI, como uno de los sabios mas eminentes; que se le dió el nombre de *Trismegisto* (2) por lo vasto de sus conocimientos; que estuvo relacionado con los hombres mas distinguidos á la sazón en la república de las letras, y con los personajes de mas elevada categoría, y que se vió convertido en blanco de fieras persecuciones por su carácter naturalmente brusco, y por la terquedad con que sostuvo opiniones científicas ó literarias, que no se conformaban con el espíritu y la intolerancia de su siglo.

Toda la vida de Cornelio Agripa es un tejido de aventuras, en que la historia se enlaza con lo que hay de mas singular y peregrino en las leyendas de la edad media. Para cautivarse el afecto de Margarita de Austria, gobernadora de

los Países Bajos é inclinada á protegerle, escribió sobre la *Noblexa y excelencias del bello sexo*. Este opúsculo excitó la cólera de los frailes de Bélgica, de Holanda y de una gran parte de Francia y Austria: Agripa, juzgándose inhábil á resistir á la fuerza del huracán que tan de cerca le amenazaba, se trasladó á Inglaterra. Los frailes lograron con sus intrigas impedir por algun tiempo la impresion del libro, que se publicó, por último, en Amberes, por los años de 1529, á pesar de todas las persecuciones promovidas contra su autor.

Francisco I de Francia dió á Cornelio Agripa una pensión, y este sabio fué agregado á la corte de la madre de aquel monarca en clase de médico; pero disfrutó muy poco tiempo de su pensión y de las buenas gracias de su señora, porque no quiso consultar para contentarla los astros acerca del éxito que tendrían las guerras que entonces mediaban entre Francisco I y el emperador Carlos V; y finalmente, la madre del monarca francés le espulsó de su corte, porque supo, que despues de haberse negado á emplear en su abono los conocimientos astrológicos que profesaba, habia dicho públicamente, que estaban reservados nuevos triunfos al condestable de Borbon (1).

Su tratado sobre la *Incetidumbre y vanidad de las ciencias*, publicado en el 1530, irritó sobremanera á todos los amigos de Agripa y á los sabios en general, porque se juzgaron no solo desairados sino desposeidos de un patrimonio que exclusivamente les pertenecía. Este libro es, á nuestro entender, una de las producciones mas notables del siglo XVI, y superior bajo todos conceptos al famoso discurso de J. J. Rousseau contra las artes y las ciencias. Merece ocupar tambien un puesto en esta breve reseña el Comentario de Agripa sobre el *Arte de Raimundo Lulio*, y su disertacion sobre el *Origen del pecado*. En esta última sostiene, que la caída de nuestros primeros padres no fué una consecuencia de haber comido el fruto del árbol vedado, sino la de haberse amado deshonestamente.

Los frailes le persiguieron tambien por haber escrito sobre la monogamia de Santa Ana. El infortunado jesuita, padre Malagrida, murió, mediante los *buenos y filantrópicos oficios* del marqués de Pombal, en las hogueras de la Inquisición de Lisboa, por haber escrito sobre el mismo argumento en su obra, titulada: *Vida heroica y admirable de la gloriosa Santa Ana, madre de la Santa Virgen*.

Es falso é infundado el aserto de los que dicen que Cornelio Agripa publicó un opúsculo en que sostenía la necesidad del divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragon. Ningun escritor contemporáneo afirma haberle visto; y en atención á que el cardenal de Sainte-Croix dispuso que viniese Agripa á Pisa para asistir como teólogo al famoso concilio que, despues de haberse reunido en aquella ciudad, no tuvo efecto ninguno y se disolvió, es de suponer que Cornelio Agripa, explicando teología en varias universidades de Europa, no emitió nunca proposiciones atrevidas ó condenadas por la corte de Roma. Es cierto, sin embargo, que encendido en ira por las persecuciones que le habian promovido los frailes, y con especialidad los dominicos, se habia propuesto

(1) Acerca de Cagliostro y del conde de Saint-Germain, y de los prodigios atribuidos á estos dos personajes, los lectores encontrarán una multitud de noticias muy curiosas en la obra de Eliphas Levi, titulada *Historia de la magia*, Paris, 1860. De Cagliostro en particular habla estensamente Figuier en el t. 4.º de su obra, titulada: *De lo maravilloso en los tiempos modernos*, Paris, 1860.

(2) Tres veces sabio.

(1) Algunos escritores dicen, que la madre de Francisco I encerró á Agripa en una azotea, dejándole una entera noche al sereno para que consultase los astros, y que nuestro astrólogo la dijo al día siguiente, que su hijo caería prisionero en Pavia.





escribir una obra contra estos últimos; pero no realizó su pensamiento, y tal vez para su bien, porque los dominicos en aquella época gozaban de un gran prestigio, y ejercían mucho influjo en todos los negocios eclesiásticos y políticos del orbe católico.

Las particularidades de la muerte de Agripa son dudosas y confusas: Paulo Jovio dice que murió en Lion, y que exhaló la última aura de vida en el fondo de una mezquina posada, detestado y maldecido por todos sus contemporáneos, como un execrable nigromante. Otros afirman, con visos de mayor probabilidad, que murió en Grenoble, y que cerró los ojos á la luz del día en un hospital. El erudito bibliógrafo Gabriel Naudé, dice que murió en esta misma ciudad, pero en la casa del recaudador general del Delfinado. Allard, en su *Biblioteca* de los escritores de la antigua provincia francesa, que acabamos de nombrar, dice terminantemente que Agripa murió en Grenoble, y que fué enterado en una iglesia de dominicos. Sea como fuere, lo cierto es, que vivió siempre sumido en la miseria, y que, después de haber recorrido, ya como un fugitivo, ya como un hombre que busca sosiego y anhela cambiar de fortuna, casi toda la Europa, bajó á la tumba en el 1535, perseguido por sus enemigos y abandonado de todos sus amigos.

Cornelio Agripa figura en las antiguas leyendas como un nigromante y un brujo que, poseído por los espíritus malignos, obra prodigios, engañando á sus semejantes y corrompiendo á la juventud. En la historia literaria, por el contrario, figura como un verdadero sábio, profundamente erudito, versado en las ciencias mas abstractas y en los estudios mas espinosos, pero llevado siempre en alas de su carácter instable y excéntrico.

SALVADOR COSTANZO.

## DIES IRÆ, DIES ILLA.

LA SECUENCIA DE LA MISA DE DIFUNTOS.

### LEYENDA.

*Dies iræ, Dies illa,*  
Día de espanto y clamor,  
David dice, y la Sibila,  
Día en que el mundo aniquila  
El gran poder del Señor;  
Día de fuego y horror,  
Pues llamando á nuestra huesa  
Reducirá á vil pavesa  
Todo ser y toda hechura;  
La riqueza, la hermosura,  
Cuanto en el mundo embelesa.

Con estas terribles palabras comienza, y es al mismo tiempo el título de un himno célebre de la liturgia cristiana.

Este himno, que todos nuestros lectores habrán oído repetir en las iglesias, porque se canta en el oficio de difuntos, es un himno que se halla perfectamente de acuerdo con el objeto y el momento en que los sacerdotes con voz lúgubre y solemne lo entonan; es el fin del mundo y el último juicio. Todas las alegrías, todos los sentimientos, de tristeza, de

esperanza, de terror, las últimas palabras de la agonía, los aullidos del infierno, la voz de los ángeles, encuentran eco en la música misteriosa de la Iglesia.

Sin el artificio de las modulaciones, su eco produce sobre el alma iguales efectos á los que producía en los antiguos templos de la Grecia, la música de que el canto gregoriano es una sorprendente reminiscencia.

San Agustín, aquella inteligencia superior, aquel joven voluptuoso de Tagasthe, cuya alma africana, todo fuego, solo respiraba el placer, y que después ha sido uno de los padres y doctores mas santos de la iglesia católica, refiere que muchas veces, en medio de la disipación de su juventud, al entrar en una basílica y oír los cánticos sagrados, sentía trasformarse su corazón y velase predispuesto á su conversión, que mas tarde obró en un momento de melancolía la lectura de los santos Evangelios.

No ha conservado la historia el nombre del autor del himno del *Dies iræ*; empero la tradición cuenta que este himno salvó del suplicio y de la muerte á su autor.

Condenado en Roma á la pena capital un criminal, marchaba lentamente acompañado de una inmensa multitud, asistido de los sacerdotes que á su lado recitaban, en son triste y recogido, las oraciones de los moribundos.

De repente el reo se pára, y con una voz lúgubre, solemne, que hacia mas interesante la triste situación en que se hallaba, entonó el himno *Dies iræ*, que habia compuesto en la soledad de su calabozo, y que á falta de papel habia escrito con un punzon en las negras paredes de la cárcel.

Al oír el pueblo aquel cántico, aquellas palabras de una composición profundamente fúnebre, sintió un terror religioso, y pueblo y sacerdotes, hasta los mismos verdugos, no pudieron menos de estremecerse y derramar lágrimas al llegar á este paso del himno:

Oro supplex et accinis  
Cor contritum quasi cinis,  
Gere curam mei finis.

Mis ojos para llorar,  
Mi pecho para gemir,  
Mi alma para sentir,  
Mi lengua para clamar  
No los deje de aceptar,  
Mi Dios, tu amor paternal.  
Y como don especial  
De tu suma dignación,  
Te pido con sumisión,  
Me des la gracia final.

El gobernador de Roma, cediendo al clamor popular, suspendió la ejecución de aquel desgraciado á quien pidieron copia de aquel himno, que tan grande efecto habia producido.

Entonces el reo les dijo, que lo habia escrito en las paredes de su calabozo.

Acompañarle, y le vieron grabado sobre sus lóbregas paredes.

Se le concedió la gracia de la vida.

Aquel himno magnífico por los conceptos que contiene, y porque fué compuesto con la convicción, la fe y el arrepentimiento, entre los dos mas profundos temores de que puede creerse acometido el hombre, la muerte sobre un cadalso en la tierra, y en el instante de entrar en la eternidad



el juicio terrible é inevitable de Dios, fué considerado como una obra maestra y adoptado por la Iglesia en la liturgia del oficio que se celebra por los muertos.

Las dos primeras rimas de este fúnebre himno

*Dies iræ dies illa  
Solvat seculum in favilla:*

*Este día de cólera,  
Este día reducirá el siglo á cenizas.*

contienen en pocas palabras la opinion de los filósofos paganos, y sobre todo de los estoicos, que este mundo debe perecer un día por el fuego.

Ovidio, el tierno poeta de los amores del siglo de Augusto; Séneca, el filósofo español, y el grande trágico, hacen mencion de esta futura catástrofe. El poeta Lucano la describe tambien.

El evangelista San Márcos nos ha dejado tambien en su Evangelio una pintura no menos bella y enérgica del fin que aguarda á los siglos y del modo con que ha de perecer el universo.

«Después de los días de afliccion, dice, se oscurecerá el sol, la luna no brillará con su luz, caerán las estrellas del firmamento y se conmoverán las potencias que hay en el cielo.»

Semejante catástrofe es muy probable bajo la relacion de un incendio del globo.

Sin duda ya ha habido esta catástrofe parcial: en los siglos remotos, un cataclismo ó diluvio de fuego, de que nos hace mencion la historia, ó por mejor decir, la fábula de Faetonte, hijo del sol, es una conmemoracion incontestable de que ya los gentiles presintieron este final.

Sin duda por eso el autor del *Dies iræ, Dies illa*, se apoyó para hablar del final del mundo, no solo en el testimonio de las profecias de David, sino en los dichos y escritos de las sibilas. *Teste David cum Sibilla.*

Todos los cánticos de la Iglesia respiran una unción particular; empero el *Dies iræ*, produce una gran sensacion en os ánimos, ya por lo lúgubre de su tono, ya por las circunstancias que acompañan á su canto, cuando enlutados los templos y delante de un catafalco, aun los hombres mas disipados, no pueden por menos de reconcentrarse en sí mismos, y pensar que ese himno que entonces se canta por sus amigos, por sus conocidos, por los hombres con quienes momentos antes estaban, y que han desaparecido repentinamente por la muerte, habrá un día en que por ellos se entone ante otros espectadores que vengan, ó piadosos á pedir por el descanso de su alma, ó mundanos á cumplir con el último obsequio de la vanidad y del orgullo del hombre.

EL CONDE DE FABRAQUE.

## EN QUE ESTRIBA LA FORTUNA.

No lejos de la ciudad de Santander, se veía al principio de este siglo, en un pueblo de corto vecindario, una casa de modesta apariencia, muy blanca y bien amueblada, cuyo propietario era un honrado labrador.

Su hijo mayor le dijo un día:

—Padre, yo quisiera ir á Madrid, porque tengo ya diez y siete años y estoy en edad de adquirirme por mí mismo la subsistencia. A mí no me gusta el campo; la cosecha de este año ha sido mala, y no quiero servir á vd. de c arga, ¿me permite vd. que vaya á la corte?

El corazon del bueno del labrador, palpitó con violencia, y una lágrima que no pudo contener, resbaló por su tostada megilla.

—¿Con que quieres dejarnos, Jacobo? dijo el padre con voz tan conmovida, que el hijo bajó la cabeza sin responder, porque tambien sintió oprimirse el corazon.

—¡Pues bien, hijo mio! si es por tu bienestar, hablemos con tu madre, y ya veremos. Mañana es domingo: vé á pedir á Dios que te ilumine acerca de tu resolucion, que yo por mi parte le pediré que vele sobre mi hijo cuando yo no pueda hacerlo, y me dé suficiente valor para separarme de tí.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos del labrador y cayeron en la frente del jóven que se había precipitado en los brazos de su padre.

Algunos dias despues todo estaba arreglado para la marcha. La buena de la madre le dió unas cuantas monedas de cobre que tenia ahorradas; el padre le entregó una carta que un rico marchante le facilitó para un comerciante de la corte, y despues de haberle bendecido los pobres ancianos, el jóven con los ojos bañados en lágrimas y el corazon oprimido, dejó la casa paterna encaminándose hacia Madrid.

El viaje fué largo y penoso: el viajero andaba jornadas cortas, y caminaba vestido de chaqueta de paño burdo con una gorra de pieles en la cabeza, y llevando al hombro en la punta de un palo el ligero envoltorio que componia todo su equipage. Ya en Madrid, se alojó en una bohordilla donde vivian unos paisanos suyos, y despues de un alimento que le volvió las fuerzas, y una plegaria que reanimó su valor que habian trastornado las fatigas del camino y la vista de las tristes y ennegrecidas paredes de su albergue, se quedó dormido pronunciando los nombres de sus queridos padres.

Al día siguiente en vez de visitar las curiosidades de Madrid, se puso el vestido de los domingos, cogió la preciosa carta de recomendacion, y se dirigió á casa del comerciante á quien iba dirigida.

Eran las once, un hermoso sol de abril vertía sus ya calurosos rayos sobre los tejados de los edificios, el cielo estaba azulado, una multitud de personas elegantemente apuestas, circulaban por las calles, y los coches se cruzaban por todas partes. El hermoso cielo, el brillante sol, esa vida de animacion y movimiento, todo llamaba la atencion á Jacobo, le prestaba esperanzas, y endulzaba el amargo sentimiento de hallarse separado de su familia.

Llegado á casa del opulento comerciante, preguntó á un criado muy bien vestido si podría ver á su señor. El criado dirigió una mirada insolente al tímido jóven, y convencido sin duda de que un muchacho tan sencillamente vestido y de tan humilde lenguaje, no tendria que tratar graves asuntos con el comerciante, respondió que nó.

—¿Cuándo podré verle? preguntó Jacobo con su gorra en la mano.

—Vuelve mañana, cuando quieras.

—¿Pero á qué hora?

—Si tienes que hablar á los del escritorio, puedes hacerlo á las once; pero si es al señor, ven entre tres y cuatro, que tal vez estará en casa.



Jacobo le dió las gracias, y se volvió muy triste á su bohordilla.

El pobre chico se presentó muchas veces á la puerta del comerciante sin poder verle, porque siempre estaba en la calle ó muy ocupado. Algunas veces le hacían entrar, y cuando lleno de esperanza había ido á sentarse en un rincón del pasillo, después de esperar dos horas, un dependiente le decía que volviese al otro día, y Jacobo cada vez mas triste y desanimado, volvía á entrar en su celda, viendo con espanto que se disminuían sus recursos. Entonces se acordaba de su país y de su familia, desgarrando su corazón el aislamiento que le rodeaba, el cariño á los ausentes, y sus padres, á quienes quería escribir todos los días, y no lo hacía por no afligirlos con sus malas noticias. Muchas veces pensó en su pueblo y en el clima donde se habían desarrollado los primeros años de su vida: entonces pensaba dejar á Madrid y volver á su provincia; pero Jacobo era un niño religioso y perseverante, había sido educado en el trabajo, era robusto, y se dijo con orgullo, que no porque el comerciante no le acogiera, se moriría de hambre.

Sin embargo, antes de pedir consejo á su valor, resolvió hacer una nueva tentativa, y Dios permitió que aquella vez no fuese en vano, pues le introdujeron al despacho del comerciante.

—Sé que te has presentado muchas veces en mi casa, le dijo: pero grandes ocupaciones me han impedido recibirte: ¿qué es lo que te se ofrece?

Jacobo sobrecogido por un acceso de timidez, no pronunció una palabra y alargó al comerciante la carta de recomendación. Abrióla éste, la leyó despacio y el mancebo permaneció en pie con los ojos fijos en el rostro impassible del comerciante.

Al fin el comerciante volvió á doblar la carta, dirigió á Jacobo una mirada de indiferencia que heló al mancebo, y le dijo con desden:

—Uno de mis corresponsales te recomienda encarecidamente.

La sangre comenzó á circular en las venas de Jacobo, que prestó oído.

—Pero ahora no hay proporcion, prosiguió el comerciante, porque el personal de mi escritorio está completo.

—¡Oh, señor, cumpliría tan bien con mi obligación! respondió el pobre chico; ¡me contentaría con tan poco!.. lo necesario para vivir, las privaciones no me asustarían, porque mi padre me ha acostumbrado al trabajo y á la sobriedad.

—Veremos si mas tarde se presenta alguna ocasión.

—No puedo esperar, dijo Jacobo, porque soy pobre y necesito trabajar: doy á vd. gracias por su buena acogida y las ofertas que me hace. Mientras no se realicen voy á buscarme a subsistencia.

Jacobo saludó con humildad al comerciante y se dirigió hacia la puerta con la cabeza baja y los ojos húmedos. Al llegar á la estremidad de la sala vió un alfiler en la estera, y llevado de sus instintos de economía y de orden, lo recogió, lo puso sobre una mesa y se encaminó de nuevo hacia la antesala.

El comerciante notó aquella acción y adivinó que tenía delante uno de esos mancebos cuidadosos y vigilantes que se ocupan de los mas mínimos detalles y para quienes todas las cosas tienen su valor: llamó á Jacobo y le encargó que volviera á la mañana siguiente.

Jacobo no faltó, como era de esperar, á la cita, y el comerciante se informó de su familia, de la instrucción que había recibido: interesóle la rectitud de su juicio y su despejo, y aquel día quedó el mancebo colocado en el escritorio con tres mil reales de salario. Esto era mas de lo que esperaba; dió las gracias á su principal con efusión de alma y fué á encerrarse en su bohordilla, llorando todavía, pero de placer entonces, y escribió á su padre y á su madre, que la fortuna le sonreía y que tenía abierto un risueño porvenir. «A ustedes deberé mi bienestar, decía en el final de la carta; á ustedes que han presentado á mi vista muy buenos ejemplos y me han inspirado principios de trabajo y de economía, los cuales son para los niños de condición modesta, el único medio de crearse una carrera independiente, viviendo cómodamente y siendo útiles á su familia.»

Jacobo fué el mas exacto de todos los dependientes sus compañeros. Así es que adelantó rápidamente, siendo cajero, tenedor de libros, después socio de la casa, y mas tarde uno de las capitalistas de la corte: ¡Y todo por un alfiler recogido á tiempo!

## CÁPUA.

La moderna Cápua (*Cápua Nuova*) está situada cerca de las ruinas de la antigua, sobre el Vulturno, á 28 kilómetros de Nápoles. Sus habitantes en número de diez mil, no son ni ricos, ni voluptuosos, ni feroces como sus antepasados: trabajan muellemente y viven con poco. Los viajeros que van de Nápoles á Roma, no se detienen ya en Cápua. Mientras se muda tiro á la diligencia en la parada ó descansa el carruaje que se toma de un *veturino*, se va á ver de prisa y corriendo las fortificaciones del siglo IX, restauradas por Vauban; el palacio del arzobispo, cuya entrada enteramente moderna no carece de elegancia; la catedral, en donde es muy notable una estatua de Cristo, de Bottiglieri, con algunas pinturas de Solimeno, y también la lindísima fuente del estilo del renacimiento que representa nuestro dibujo; columna adornada que sumerge su base en un pilón circular de donde salen ocho consolas destinadas á sostener las vasijas, jarras y cántaros con que se saca el agua, y que las capuanas que son muy lindas, llevan con muchísima gracia.

Cápua es una ciudad medianamente grande, edificada ni bien ni mal, en donde nada de curioso hay que ver, y aun cuando haya algo no lo indicaré porque estoy enfadado con ella. *Lei si figura* (figúrense vds.) que no me han dado tiempo ni para comer un bocado en la Mola, y tuve que pasar á Santa-Agata. Allí ordinariamente ni pan hay; sin embargo, era de noche casi, y vds. sabrán tan bien como cualquiera, lo difícil que es á esa hora el hacer entender la razón á un estómago desfallecido y que lo han traído en posta desde por la mañana hasta la noche; ¡desde las cuatro de la mañana nada menos! Mi estómago hacia encantadoras y lisongeras hipótesis sobre las posadas de Cápua; pero con perdón de ustedes, reuniendo en un montón todas las provisiones de la ciudad y de sus arrabales, jamás pudo haber por junto mas que dos huesos de jamón rancio, y que sin mascar me tragué; después de lo que, armado de una estófica y generosa firmeza me arranqué yo mismo á las delicias de Cápua y volví á subir en mi carruaje lleno del mas soberano desden.





Fuente de estilo del renacimiento en Cápuá.

por Annibal, que cuentan que perdió allí tanto tiempo sin haber ido como pudo á ocupar á Roma. De seguro que debió haberle ido mejor que á mí.

En Cápuá, lo que hay que ver, es el anfiteatro, de cuyas ruinas hemos hablado ya á nuestros lectores del Museo de FAMILIAS





# MUSEO DE LAS FAMILIAS.

SEGUNDA SERIE.

AÑO VIGESIMO PRIMERO.

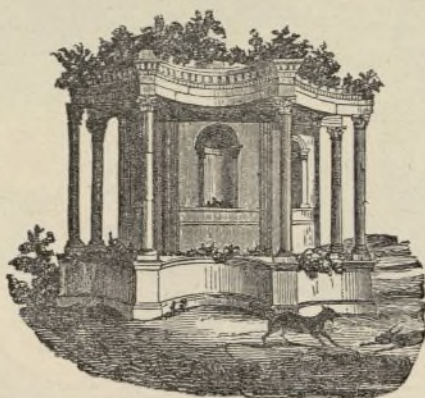


# MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO MENSUAL

PUBLICADO Y DIRIGIDO POR MELLADO.

SEGUNDA SÉRIE.—AÑO VICÉSIMO PRIMERO.



*Pag. 1958.*

1863

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,

A CARGO DE DON JOAQUIN BERNAT,

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid, 1863. i